

LAS REVISTAS

REVISIÓN DE ANTONIO CASO.

La obra del filósofo mexicano Antonio Caso ha sido comentada últimamente en *El Diario* de La Paz por Samuel Ramos, interesante escritor joven de México y discípulo otrora de Caso. La posición de Caso y el ambiente reinante al iniciar el maestro sus lecciones están reseñados por Ramos, en los siguientes términos:

En lo que va de este siglo Caso representa en la historia intelectual de México el primer hombre dedicado francamente a la filosofía. Hace más de diez años comenzó a enseñarla brillantemente en la Universidad. Su talento, su elocuencia, su entusiasmo le atrajeron pronto un público numeroso que llegó a apasionarse por las enseñanzas del joven maestro. La filosofía era casi un asunto nuevo en México. Porque no puede llamarse filosofía al positivismo que entonces primaba en la educación. Gabino Barreda, después de escuchar en París las lecciones de Comte, importó las doctrinas de éste, durante nuestra revolución de Reforma. Fué en aquel momento una

ideología irreligiosa muy oportuna para justificar teóricamente el liberalismo, y al fundar Barreda la Preparatoria, se adoptó como filosofía oficial. Al divulgarse, el positivismo fué degradándose, hasta convertirse en un sensualismo grosero. La filosofía se hizo plebeya para quedar al alcance de la democracia mexicana. Los programas excluyeron todo lo que no fuera de aplicación práctica inmediata, dejando no más los elementos indispensables a las técnicas profesionales. El mismo Barreda marcó este límite a la enseñanza científica, dando a la escuela, por él fundada, el nombre de «Preparatoria». Dentro de su plan pedagógico incompleto y vicioso, fué educada la generación que dirigió la vida del país durante el régimen de Porfirio Díaz. Torciendo los principios positivistas se dedujo una moral social y política que enmascaraba miras egoístas. Por eso cuando aquel grupo se convirtió en una clase poderosa, no tuvo escrúpulo en obrar como si representara a toda la población mexicana y fuera dueña exclusiva del territorio nacional. Al amparo de la influencia política de los «científicos» esta burguesía advenediza medró a expensas de las clases de abajo. Naturalmente estas consecuencias históricas no estaban en el plan de

Las revistas

Barreda que fué, a pesar de todo, un hombre de intenciones puras y de vuelo un poco más amplio que el de un pedagogo cualquiera. Su idea era unificar la conciencia mexicana, dividida entonces por motivos religiosos, en un credo cierto e inmutable. Y como positivista ortodoxo creyó de buena fe que la ciencia tenía asegurada ya la inmutabilidad.

Pero el positivismo, completamente dejado de estudio en Europa, no podía llenar las almas de los jóvenes mejicanos de este siglo y así se había formado un Ateneo de Juventud, del cual participaban Caso, Vasconcelos, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, y que tuvo una actuación importante. A este organismo y a las conferencias que en él dió Antonio Caso sobre el problema reseñado, se refiere Ramos y dice:

el positivismo se depuró momentáneamente en las conferencias de 1908, dictadas por Antonio Caso, quien con una amplia información filosófica, insólita para aquel tiempo, hizo la revisión de ese sistema, no considerándolo ya como cosa aislada y sin antecedentes, caída súbitamente del cielo, sino como fruto de circunstancias históricas determinadas y sujeto por lo tanto a la relatividad de lo temporal. Estas conferencias dieron ocasión a que Pedro Henríquez Ureña, mejor enterado de las nuevas direcciones del pensamiento, diera a saber en dos artículos bien claros y sólidos cómo el positivismo era una causa fallada y cuáles fueron los argumentos que le valieron la condena. Por su parte Antonio Caso fué pronto seducido por la calidad moral de la filosofía nueva y comprendió cuán urgente era limpiar la atmósfera de los miasmas comtianos, y spencerianos que la infectaban, Inicia entonces una ardorosa campaña antipositivista,

Atenea.—10

su obra maestra, cualquiera que fuesen sus resultados obtenidos.

Tal empresa era dificultosa y ardua. No en balde se había enseñado sólo el positivismo como único método filosófico en México, y para atacarlo había que adoptar un método y después de adoptar el método, examinar la filosofía atacada y tratar de construir sobre las ruinas del sistema viejo, una filosofía nueva. Veamos si Caso consiguió dichos fines:

¿Cuál fué la táctica usada en aquella lucha? Desde luego instaurar simplemente la enseñanza de Historia de la Filosofía que el positivismo había impedido.

Mas era preciso coger al toro por los cuernos, atacar directamente al positivismo. Para esto venían de molde los descubrimientos de la nueva filosofía. Con repetir las críticas del pragmatismo al conocimiento bastaba para amenguar la sobrestimación de la ciencia. Los positivistas pretendieron transfigurar las grandes teorías científicas en conceptos metafísicos. Pero descubierto el origen biológico de la razón, los pragmatistas negaron al conocimiento científico el derecho de erigirse en verdad absoluta. Se le concedió nada más el papel modesto de entender prácticamente lo real. El valor especulativo de la ciencia bajó hasta convertirse en un valor técnico. Por supuesto la metafísica no perdió las esperanzas durante la depreciación del intelecto. Al contrario, recobró aliento, puesto que la razón ha sido más un peligro que un apoyo para ella. Y una vez demostrada la incompetencia de la razón en materia de sabiduría trascendente, quedaban de antemano nulificadas las objeciones que pudieron ocurrirle contra la utilidad de la metafísica. Además, la nueva crítica del conocimiento se mostraba favorable a la intuición, atribuyéndole ventaja sobre la in-

teligencia, dando así alas a la mística. Gracias a esto, para suplantar al materialismo y al determinismo científicos, se encontró aún fresca una filosofía espiritualista y adepta del libre albedrío salida de la cabeza de Henri Bergson, pontífice máximo del intuicionismo.

Además del fundamento del pensamiento, debía pensarse en buscar para el ataque iniciado y para el sistema por edificarse, un fundamento a la moral que no fuera la utilidad positivista, y con este fin

le ocurrió a Antonio Caso con muy buen tino describir hasta el cansancio el aspecto inútil o desinteresado de los fenómenos humanos más nobles: el arte, el heroísmo, la caridad.

Para desarrollar la labor iniciada, tenía Caso brillantes condiciones:

Sus cátedras eran la gloria de la Universidad de México, y pronto trascendió su fama en los escolares a los mundanos aficionados, que vinieron a engrosar el coro ya innumerable de sus oyentes entusiastas. Era Caso un consumado maestro para exponer las ideas con diáfana elocuencia, sirviéndose del gesto, la mímica y la voz para matizar sus lecciones con una variada gama patética. Daba a cada sistema que iba presentando su tono característico, y con su habilidad de mimo sabía vestir el traje de todos los filósofos.

En sus propias condiciones se encontraba la semilla de sus defectos, pues sus dotes oratorias y la teatralidad de su enseñanza, como provenientes de un temperamento romántico, le restaron dentro de la juventud la influencia que pudo tener, porque la juventud se encontró con que este maestro era «más lírico que dialéc-

tico» y sus esfuerzos por propaga el pragmatismo como contrario al positivismo combatido, tomaron el cariz de un enaltecimiento de una filosofía de acción que no podía adaptarse al espíritu juvenil.

En algunas de sus páginas leemos que Caso se entrega sin reservas en brazos de la filosofía de acción. «En el mundo—dice—estamos para obrar.» Que la ciencia y la filosofía abandonen la aspiración al conocimiento puro y ayuden prácticamente a vivir. Naturalmente no pide que aquellas se rebajen a servir intereses ruines; desea, al contrario, que ennoblezcan la vida. Y ¿cuáles son las ideas que propone para normar así la conducta? Desde luego, nuestro filósofo se adhiere a la tesis del libre albedrío en la nueva forma que le dió Bergson en el *Essai sur les données immédiates de la conscience*. El hombre es libre, según Bergson, cuando ahondando en sí mismo, descubre tras del yo social que lo ata a la vida exterior, un «yo profundo» que se rige por las leyes propias y cuyo desenvolvimiento lleva al hombre a manifestar una personalidad ya sea en sus pensamientos o en sus actos. No es precisamente el hecho de la personalidad lo que ha llamado la atención de Caso en el acto libre, sino lo que tiene de heroico, de desinteresado. Por eso deduce inmediatamente que cuando los individuos conquistan la iniciativa épica deben ser buenos y lúcidos espíritus, aptos centros vivientes de desinterés artístico y abnegación moral (caridad), esto es la Ley y los Profetas resumidos en el amor al prójimo como a uno mismo. Ya indicábamos que estas ideas fueron erigidas por Caso a causa de una propiedad polémica y de oposición que creyó encontrar en ellas. Es posible también, que a fin de hacerlas más aplastantes haya aumentado su tamaño elaborando una teoría de la existencia «como desinterés y caridad» en la que estos fenómenos hu-

Las revistas

manos toman proporciones micro-cósmicas.

También debe tenerse presente que Caso muchas veces cayó en los defectos de los pensadores que criticaba y fué dogmático y absolutista, encastillándose en el edificio del pragmatismo, sin querer darse a la razón que un sistema filosófico no podía ser definitivo y que la juventud necesitaba más que un expositor de doctrinas conocidas, un generador de una doctrina nueva. Caso con su enseñanza no consiguió este objetivo.

Debemos declarar que en la propaganda del pensamiento nuevo fué tan dogmático como el positivismo que combatía. Sospechamos que su anti-intelectualismo y sus simpatías por la intuición son nada más que refugios para compensar su debilidad crítica. La argumentación casi no existe en su obra. Observemos sus libros y veamos como la abundancia de citas apenas deja lugar para que el autor ofrezca sus propias razones. Parece que los grandes maestros de la filosofía son para él autoridades infalibles. Una idea queda perfectamente demostrada cuando puede apoyarse en el testimonio de uno o varios de estos filósofos. No tratamos de desconocer el valor del pensamiento clásico. Pero hay dos puntos de vista radicalmente diversos para entenderlo. Uno de ellos consiste en reconstruir ese pensamiento a través de las categorías del tiempo en que se vive. Procede así todo el que comprende que la verdad es relativa al momento histórico que le da nacimiento y siente la insuficiencia de las normas pasadas para recibir los nuevos contenidos del presente. Sus clásicos serán solamente aquellos pensadores que pueden abandonar su antigüedad e incorporarse a lo actual. Antonio Caso no ignora este punto de vista pero ha practicado otro que consiste en anular, por de-

cirlo así, toda determinación temporal para colocar las obras geniales del pensamiento en un plano eterno. Como desconoce la realidad de las fechas cree que la verdad es inmutable y se acerca a sus diferentes expresiones históricas tal como se dieron, sin sentir la necesidad de rehacerlas. Así se conduce siempre el espíritu académico: cuando está frente a un problema, en vez de aventurar una nueva idea, se atiene a la solución clásica y la acepta literalmente sin previa asimilación. Y frente a las ideas nuevas, las capta para extraerles lo que tienen de «clásico» y les hace perder su actualidad. De aquí que aún cuando Caso se haya presentado como campeón de la filosofía nueva, su obra ha dado siempre una impresión de vejez, por vaciar su pensamiento en los moldes rígidos y convencionales del estilo académico.

Por tales motivos, la juventud mexicana pudo apartarse sin pena del maestro, pues faltábale la cualidad esencial para ser el mentor de la juventud; aptitud de renovación.

No es extraño entonces que el espíritu de Caso apresado en las fórmulas académicas haya perdido la aptitud a la renovación. En efecto han transcurrido más de diez años desde que inició su carrera de filósofo. Salvo cortas interrupciones ha enseñado continuamente en la Universidad. Ha publicado hasta la fecha doce libros. Sin embargo, parece que dijo todo lo que tenía que decir hace diez años, porque desde entonces sus libros no traen ninguna novedad. El ha sido muy dueño de ignorar todo lo que se ha pensado después de Bergson, Croce, Boutroux, James. Pero no debió dejar a medias el estudio de estos mismos filósofos y de otras corrientes ideológicas que dió a conocer en México. Pasada la exaltación anti-positivista pudo hacer perfectamente un examen superficial más pormenorizado de las obras de

que él se mostraba tan devoto partidario.

Sin embargo su influencia en la juventud no puede negarse. No la del filósofo, pensador, escritor, sino la del hombre.

Esto no quiere decir que la influencia de Caso en la juventud haya sido nula. Cualquiera que fuese la reacción a las doctrinas por él profesadas todos sentíamos tras ellas el alma de Caso cuya vitalidad y nobleza eran el más poderoso reactivo para las conciencias jóvenes. Las lecciones de Caso eran sobre todo una exhibición de sí mismo, dando por primera vez el espectáculo de un espíritu unificado. No había porción de su persona que quedara sin actividad. El cuerpo y el alma se ponían tensos para colaborar en el esfuerzo intelectual. Con evidencia ejemplar demostraba cómo la cultura de amplio radio centrada en un núcleo de ideas filosóficas podía integrar una personalidad, un hombre. Era el primer contacto con el espíritu culto. Sería injusto no tomar en cuenta los efectos benéficos que Caso ha provocado sin proponérselo con sólo ser él mismo. En un estudio que aparece en sus *Ensayos críticos y polémicos* habla de los dos tipos de actitudes extremas frente a las nuevas y viejas ideas. El *snob* o futurista que es un «demente del porvenir». El conservador o misoneísta que es un «loco del pasado». Explica el filósofo mexicano que ambas posiciones falsas se originan en una incomprensión de la vida cuyo ritmo normal resulta de un equilibrio entre la innovación y la costumbre. Por falta de sabiduría los hispano-americanos van en cultura o a retaguardia o demasiado adelante por prurito de moda. Hay que ser sabio para comprender que el pasado y el futuro sólo valen cuando se entretajan para henchir la única porción real del tiempo: el presente. Esto pone de relieve uno de los valores de la propaganda de Caso. Su

labor fué una invitación a substituir la frivolidad por la meditación seria y profunda. Fué un esfuerzo importante para fundar la sabiduría en México. Nadie como él luchó para asegurar a la cultura una existencia sólida y perdurable dándole un fundamento filosófico. Yo me pregunto si sería explicable sin Caso que hoy todavía, en medio de la resequedad espiritual que deprime a México, existan hombres que mantienen el fuego sagrado del pensamiento y la cultura.

* * *

SENTIDO DE LA PINTURA DE PISSARRO.

Gustavo Kahn que lidió en su tiempo junto con los simbolistas ha recordado en el número correspondiente a la primera quincena de Marzo del *Mercure de France* a Camilo Pissarro, el maestro de la pintura impresionista, en un bello artículo lleno de recuerdos interesantes.

Camilo Pissarro, tal como lo conocimos en 1886, era un viejo robusto, de alta talla, de trazos bíblicos, semi calvo pero con una corona de cabellos plateados, muy tupidos, partida desde atrás por una línea media, que le daba, en pequeña parte, el aspecto, visto de perfil, de esos robustos hombres de negocios ingleses que ha dibujado magistralmente Charles Keene. Visto de frente, la dulzura de su mirada atraía la simpatía inmediata. No tendría la figura clásica del Patriarca o de un Padre Eterno, concebido por algún gran pintor italiano, pero cuando se le había visto, no se podía soñar en una más pura encarnación de un Dios benévolo.

Su vida, como la de todo artista, no estuvo libre de influencias de consideración.